



Corintios XIII

Revista de teología y pastoral de la caridad

SAN JUAN DE ÁVILA: MAESTRO PARA TODO EL PUEBLO

Miguel Anxo Pena González
Universidad Pontificia de Salamanca

Grandes testigos de la Caridad

San Juan de Ávila: maestro para todo el pueblo

Miguel Anxo Pena González

Universidad Pontificia de Salamanca

La espiritualidad del siglo XVI sigue ofreciendo modelos y respuestas coherentes para nuestro presente. Un ejemplo de este hecho lo tenemos en la figura del maestro Ávila, que, el 7 de octubre de 2012, el Papa Benedicto XVI declaraba Doctor de la Iglesia. No cabe duda de que este hecho, de fuerte significatividad, supone también una llamada de atención respecto a la figura de un santo que vivió hace más de 500 años que, si hasta ahora era un modelo ubicado en el contexto del rico perfil de la espiritualidad hispánica del siglo XVI, ahora se ofrece como modelo de doctrina para la Iglesia universal.

Esta realidad, que se hacía oficial por medio del reconocimiento pontificio, era ya real en la vida del santo, especialmente en su relación con figuras de un profundo calado cristiano, con un compromiso social y apostólico inserto en su tiempo. Entre ellos se cuentan santos y maestros de espiritualidad: San Ignacio de Loyola, San Francisco de Borja, San Juan de Dios, San Juan de Ribera, Santa Teresa de Jesús, fray Luis de Granada, por citar a algunos de los más destacados.

Pero el maestro Ávila no puede ser visto exclusivamente como maestro de vida espiritual, sino como un hombre que fue capaz de impulsar la caridad cristiana, desde unas opciones personales y unas respuestas coherentes. En este sentido, es preciso tener muy presente su amplia actividad como fundador y promotor de instituciones educativas. Es cierto que San Juan de Ávila no es el único que hace esto, sino que, a lo largo de todo el siglo XVI, van surgiendo diversas fundaciones y proyectos, que intentan responder a las necesidades que vive la sociedad en un lugar determinado.

Por otra parte, el propio hecho de haber sido declarado Doctor de la Iglesia obliga a que sea estudiado y conocido de manera más amplia, más allá del clero secular español, que lo tiene como su patrono principal. Un santo y, por ende, un Doctor de la Iglesia más es un patrimonio de todos los cristianos, en el que tenemos la oportunidad de encontrar un modelo válido de vivir cristiano.

I. Sus primeros pasos por el mundo universitario

Juan de Ávila nace en Almodóvar del Campo (Ciudad Real), el 6 de enero de 1499, en el contexto de una familia acomodada que regentaba una explotación minera, lo que llevará a su padre a dirigir al joven a estudiar Leyes en la Universidad de Salamanca. Como se intuye por su año de nacimiento —aun asumiendo que este pueda variar en un año—, se trataba de un momento de una amplia expansión política, económica, cultural y religiosa, pero también de límites

para una familia que provenía del judaísmo, y que no dejaría de ser mal vista, en razón del acomodo económico de que gozaban.

En 1513 marcha a la ciudad del Tormes para estudiar en su universidad lo que era más propio y característico de la misma: el Derecho. Era, no cabe duda, una oportunidad para lograr, más adelante, un puesto burocrático acomodado. Es esta una etapa poco conocida de la vida del maestro, pues, aunque se sabe que allí permaneció cuatro años, no tenemos datos precisos de qué estudió. La edad era la propia del tiempo para que un estudiante comenzara los estudios de Artes, después de haber demostrado ya su idoneidad, pues se entiende que en su propio pueblo habría realizado los estudios de primeras letras y de gramática.

Sí parece claro que vivió una fuerte crisis, que comenzó en el contexto universitario, posiblemente vinculada al objeto de estudio al que su padre le había encauzado. En este sentido, aunque la orientación salmantina de las leyes era la del *mos italicus*, que suponía la aplicación práctica de las mismas, Ávila no se debía, de sentir muy atraído por aquel mundo, un tanto distante de su sensibilidad personal, más dada al encuentro personal. Él mismo, años más tarde, afirmará: «Para qué se me daban a mí las negras leyes». No es muy difícil imaginar que el joven estudiante pudiera tener una visión del modelo de vida universitario, muy afín al de otros hombres de su época, que lo identificaban por su falta de disciplina, así como por la amoralidad de profesores y estudiantes que, como grupo corporativo que era, solo se preocupaban de sus privilegios y derechos. Se entiende así que, en 1517, regrese a Almodóvar del Campo, donde mantendrá vida retirada y de oración durante tres años. Aquí queda un profundo interrogante que no es posible solucionar; la pregunta acerca de qué leyó a lo largo de esos tres años de apartamiento. Es seguro que si pudiéramos conocer sus libros de cabecera, entenderíamos mejor los pasos dados con anterioridad y posterioridad.

En 1520, animado por un predicador franciscano, decide ir a la Universidad de Alcalá a estudiar Artes y Teología. Dicho religioso debió de mediar también con su padre para que este accediera al cambio de rumbo en la vida de su único vástago. No cabe duda de que el nuevo proyecto estaba en perfecta conformidad con su carácter particular. De esta manera, se traslada a una universidad con una marcada sensibilidad espiritual, donde solo era posible cursar estudios eclesiásticos y en la cual, por mandato expreso del cardenal Cisneros, no había estudios de Leyes. Por otra parte, el propio proyecto de un colegio-universidad gozaba de los derechos concedidos a las universidades de Salamanca y Valladolid, al tiempo que la estructura organizativa del colegio se vinculaba con los modelos del Colegio de San Bartolomé de Salamanca y de San Clemente de Bolonia. El hecho conjunto suponía el intento de superación de los errores de las universidades clásicas, por medio de un control y seguimiento permanente de profesores y alumnos, y que tendría como fruto una formación mucho más exhaustiva y concreta. Era, en defi-

nitiva, la oportunidad para un grupo de unos 30 privilegiados, que se formaban en un contexto privilegiado, con una espiritualidad vinculada directamente a la vida, así como la oportunidad de recibir la enseñanza de algunas de las figuras más significativas de su tiempo en el Reino de Castilla. Hacia esa realidad se dirigirá Juan de Ávila para estudiar Artes y Teología.

2. Alcalá: una etapa de profunda asimilación

El proyecto de colegio-universidad, más allá de su organización interna y formal, era también una llamada atenta a la vida interior; al seguimiento de Cristo y a la transformación del individuo; en definitiva, a la construcción de un hombre nuevo, capaz de abrir un camino diferente en medio de la sociedad castellana. Este hombre, al mismo tiempo, no estaba reñido con su pasado y con las corrientes de novedad de su momento histórico. Precisamente por ello, en esa vida interior se entrecruzaba el idealismo cristiano utópico y la ciencia teológica, que llevaba a la recuperación de la Sagrada Escritura, que debía ser estudiada con seriedad y convertida en el centro de la teología. En el proyecto de Cisneros, como fundador de la Universidad de Alcalá, estaba muy presente la intención de un proyecto formativo que fuera más allá de una simple instrucción. Era la oportunidad —y así lo será también para el santo manchego— de ampliar sus horizontes de comprensión. Otear diversas posibilidades y opciones. Formar a hombres cabales, que fueran capaces de responder a la acción evangelizadora de la Iglesia, en su propio entorno y con respuestas coherentes e, incluso, novedosas.

Fue esta una etapa fundante en la vida del maestro Ávila, que él supo aprovechar; tal y como luego se proyectará en su futuro. Un tiempo de interiorización y profundización, de estudio, de conocimiento de Dios, de amistad acrisolada en el proyecto evangélico. En aquella universidad, donde permeaba por todas partes un ansia y proyecto evangelizador; estará acompañado y dirigido por grandes figuras. Allí tendrá como compañero y amigo al futuro arzobispo de Granada, D. Pedro Guerrero, siendo también coetáneas otras figuras significativas del momento, como es el caso de Juan de Valdés, Bartolomé Carranza, Ignacio de Loyola, Juan Ginés de Sepúlveda o el mismo doctor Constantino.

Fray Luis de Granada, que escribió una biografía sobre San Juan de Ávila, resalta la relación especial que tuvo con su maestro Domingo de Soto. El detalle tiene su importancia, ya que el dominico es una de las grandes figuras teológicas de la época; hombre de amplios y diversos intereses, que muestra especial atención a los problemas prácticos que se vivían en diversos lugares, así como también hacia

las cuestiones físicas o constructivas —algo que estará también presente en la vida de San Juan de Ávila—. Entre sus preocupaciones estaban los temas americanos: los derechos de los indios, el problema del dominio, las guerras de conquista o, en la misma línea, la preocupación por la situación que sufrían los pobres en Castilla. Es probable, por tanto, que la relación entre ambos no fuera solo fruto de una inquietud intelectual maestro-discípulo, sino que, en la misma, estuviera presente esa sensibilidad social que acompañará durante toda su vida al santo manchego.

Al mismo tiempo, sabemos también que otro de sus maestros será Juan de Medina, que explicaba en la catedral de nominales, que tendría en Alcalá una importancia singular, por la categoría que le confiere Cisneros. Este maestro explicaba a partir de Gabriel Biel, autor especialmente valorado por Juan de Ávila a lo largo de toda su vida y que tenía un carácter ecléctico, manteniéndose al margen de las disputas de escuelas. Tuvo una estrechísima vinculación con la *devotio moderna*, lo que le confería un carácter práctico e intimista, que resultaría atrayente al maestro Ávila. Al mismo tiempo, no se puede perder de vista la importancia que en la Universidad de Alcalá, a lo largo de estas décadas, va a tener Erasmo de Rotterdam. Precisamente, en 1525, las prensas de Alcalá de Miguel de Eguía estaban publicando ejemplares del *Enchiridion* en latín, del *De libero arbitrio* o de la *Paraphrasis* a los cuatro evangelios, a las epístolas de los apóstoles, entre otras. Un año más tarde le correspondía el turno a la edición castellana del *Enchiridion*. No es posible pensar que esta sensibilidad, tan viva y fresca, no tuviera una especial influencia en la configuración y formación del futuro presbítero. Por otra parte, sabemos cómo por medio de sus correspondencias recomendará a sus discípulos libros de Erasmo, al tiempo que le cita de manera directa e indirecta en su obra.

No cabe duda de que esta sensibilidad amplia, de corte intimista, con una clara proyección práctica, bebía también de la experiencia de estos y otros autores. Su maestro Juan de Medina, por otra parte, estaba vinculado con la teología escolástica, pero mostraba especial sensibilidad también hacia un hombre como imagen e hijo adoptivo de Dios, al cual era necesario ayudar y servir, para que viviera en su adecuada dignidad, abriéndose ya, de esta manera, a una metodología teológica práctica, que acompañará a Ávila toda su vida. Algo que él mismo reflejará atentamente, en diversos momentos y obras, pero que aparece singularmente expresado en el *Audi, filia* cuando afirma que «para lo mucho y para lo poco vuestra confianza primera sea en nuestro Señor; y la postrera los medios».

Cuando aún no había concluido su etapa alcalaína, después de seis años de estudio en Alcalá, vive la experiencia de la muerte de sus padres. El hecho debió de ser leído como una oportunidad para la entrega definitiva a la causa del Reino de Dios. Por eso mismo, antes de culminar los estudios de Teología —habiendo obtenido el grado de bachiller—, en 1526, se ordena de presbítero, volviendo a

su pueblo natal para celebrar su primera misa. El hecho muestra ya con mayor claridad su opción y destino: vende todos sus bienes —que eran cuantiosos— como consecuencia de la herencia de la explotación argentífera y los distribuye entre los pobres. No se trataba simplemente de un gesto, sino que era ya un claro proyecto de vida, que se irá concretando a lo largo de los días, los años y los proyectos que va llevando a la realidad.

Al mismo tiempo, el abandono del marco académico-universitario de Alcalá era una clara renuncia personal, máxime teniendo en cuenta que sus maestros lo consideraban como un estudiante dotado de unas cualidades especiales, como el mismo Domingo de Soto, que había afirmado «que, si siguiera escuelas, fuera de los más aventajados en letras que hubiere en España». Por ello su opción ha de ser vista también como una muestra de total desprendimiento, no solo de bienes materiales, sino también de posibilidades, entre las que con toda lógica se encontraría el *cursus honorum* universitario.

3. Un intento de vuelta a la Iglesia primitiva

Con todo empeño se dirige a Sevilla con la firme intención de embarcarse como misionero a Indias. A ello parece impulsarle el obispo dominico de Tlaxcala, fray Julián Garcés. No parece que sus preocupaciones sean las que se viven en el centro de Europa, como consecuencia de la Reforma; el suyo es un proyecto de vuelta a los orígenes del cristianismo, que venía identificado por la posibilidad de recuperar la frescura de las primeras comunidades cristianas; un proyecto que pretendía ubicarse en los márgenes de la fe, haciéndose real en la evangelización de los indios. Es, por ello, un proyecto utópico, sí, pero no solo ceñido en lo espiritual, sino que quería concretarse en la realidad. De esta manera, respondía a una argumentación teórica que era lo que había ido asimilando tanto en las aulas salmantinas como en las de Alcalá.

En Sevilla conocerá al sacerdote Francisco de Contreras, que pondrá todos los medios para que Ávila se quede evangelizando en Andalucía. Para ello se valdrá especialmente del arzobispo Alonso Manrique, que quedará fascinado de las cualidades que acompañan al neopresbítero. Tendrá la oportunidad de predicar su primer sermón ante el arzobispo y las autoridades locales en la Colegiata del Salvador de Sevilla, el 22 de julio. De esta manera, mientras espera a que concluyan los requisitos de su pase a Indias, se entrega a la tarea evangelizadora, mediante la predicación y enseñanza de la doctrina cristiana al pueblo. En este detalle se muestra ya su afinidad con el proyecto paulino, puesto que aprovechará

todos los momentos y ninguno le parece inadecuado para la tarea de acercar a los hombres a Dios. Ya sea como consecuencia de sus orígenes conversos o por la intervención de Francisco Contreras, no logrará realizar su sueño, por lo que tendrá que replantearse el futuro, decidiendo entregarse a la tarea evangelizadora en aquellas tierras, también claramente necesitadas de la Palabra de Dios.

Ante estas circunstancias, comienza a vivir con el dicho presbítero, que lleva una vida austera y sobria y, desde una relación de amigo-guía, le va introduciendo en la predicación. Es posible que aprovechara estos años para completar sus estudios teológicos en el Colegio de Santo Tomás de Sevilla y, progresivamente, se irá entregando a la tarea de la predicación en diversos lugares de la diócesis hispalense. Con la protección del maestro de espiritualidad dominico Domingo de Valtanás, comenzará su tarea apostólica en Écija, Lebrija, Alcalá de Guadaíra y otros lugares. No cabe duda de que San Juan de Ávila tenía la capacidad de ir acomodándose, obteniendo lo mejor de aquellos que le guiaban e introducían en el ministerio apostólico. Precisamente en Écija, en 1530, tiene lugar la conversión de la joven Sancha Carrillo, a quien dirigirá espiritualmente por medio de sus escritos, que, con el tiempo, darían lugar a su obra más importante, el *Audi, filia*. En su vida se intuye que son estos años de una profunda novedad y frescura, de una entrega a la predicación de forma libre y total, pero que necesitan todavía pasar a través del crisol que suponen los límites y las dudas.

Un año más tarde es denunciado a la Inquisición de Sevilla por haber mantenido proposiciones sospechosas en sus predicaciones, de promover, en Écija y Alcalá de Guadaíra, reuniones de grupos para hacer oración... Aquí debía de estar también la mano de la envidia, hacia un hombre que obtenía fructíferos resultados de su predicación y dirección espiritual, pero que, al mismo tiempo, estaba dejando en evidencia a otros pastores por su falta de celo. Una vez concluido el proceso informativo, que tendrá lugar entre el otoño de 1531 y el verano de 1532, es confinado en las cárceles de la Inquisición hispalense. A finales de año, en el mes de diciembre, responde de los cargos que se le habían imputado. El 16 de junio de 1533 concluirá el proceso, con la sentencia absolutoria por parte de la Suprema, que se hará pública el 5 de julio. El propio proceso da muestras de la atención que el proceso había generado en el pueblo, lo que quedará de manifiesto por el amplio número de testigos que lo defenderán.

La etapa de la cárcel la vivirá como un momento de profunda vida interior y de purificación, que le llevará a tomar conciencia radical de su compromiso y servicio en el mundo y para la Iglesia. Será un verdadero crisol de aquello que él considere como esencial. En la prisión sevillana irá pergeñando alguno de sus grandes proyectos. Allí llevará a cabo la traducción de la *Imitación de Cristo*, de Tomás de Kempis, y comenzará a escribir el *Audi, filia*. En este sentido, es interesante notar que el joven clérigo, al emprender la tarea de traducir la obra singular de la

Devotio moderna, estaba poniendo de relieve la importancia que tenía el ejemplo de vida, que necesariamente debía concretarse, evidenciando la conexión existente entre la relación personal con Dios y las acciones, como muestras activas de amor hacia Él. Se trataba así de un cristocentrismo práctico, que estará muy presente en gran parte de la espiritualidad moderna castellana. De esta manera, una experiencia de cruz él será capaz de convertirla en un momento de gracia, de donde su cuerpo pudo salir afectado, pero su espíritu fortalecido y ampliamente purificado.

De Sevilla se trasladará a Córdoba, hacia finales de 1534, donde el obispo era el dominico fray Juan Álvarez de Toledo, que solicitará su colaboración para estimular la vida cristiana de sus fieles. Será el momento en que conozca a fray Luis de Granada, que había culminado sus estudios en San Gregorio de Valladolid, al que le unirá desde entonces una estrecha amistad. En el otoño de 1536, se traslada a Granada a instancias del arzobispo don Gaspar de Ávalos, que lo hospeda en su casa, con el fin de poder beneficiarse de su sabiduría. Con la intención de lograr que su estancia se hiciera definitiva en la diócesis, le ofrecerá la canonjía magistral, que el rechazará, en conformidad con su proyecto personal de renuncia y entrega a la tarea evangelizadora. Por otra parte, no hubiera sido comprensible otro comportamiento, a la luz de los comentarios indirectos que hará acerca de los canónigos. En ellos, además de la crítica sutil, no deja de haber un talante fresco de ironía, como cuando les dice que madruguen para poder celebrar los oficios, ya que «toman buenas rentas». A comienzos de 1537, por medio de su predicación, convierte a un mercader y aventurero portugués, que luego será el fundador de la Orden Hospitalaria, San Juan de Dios. Son estos años de gran actividad, desplazándose de un lado para otro, con la intención de cumplir con los compromisos apostólicos, así como con los que tenían relación estrecha con aquellos que acompañaba y dirigía. Ejemplo de ello será cuando se traslade a Guadalcazar, para acompañar a doña Sancha Carrillo en sus últimos momentos, haciendo lo propio después con sus restos hasta Córdoba.

4. Un proyecto integral y sistemático: la creación de colegios

En marzo de 1538, el cabildo de la catedral de Granada le encomienda la predicación de la bula de Cruzada. El detalle da cuenta de la importancia que había logrado ya su figura, al tiempo que pone de manifiesto que, para ese momento, había obtenido ya el grado de doctor en Teología, por lo que comenzará a hacer uso del título de maestro. En este momento emerge también su preocupación y sensibilidad pedagógico-educativa de manera activa. Si hasta este momento,

en su proyecto vital, estaban presentes algunos planes a realizar; ahora comienzan a concretarse, en medio de una profunda actividad como predicador y director de conciencias. El primero de esos proyectos será la fundación de un colegio, que posteriormente se convertirá en el Seminario Conciliar de San Cecilio. Al mismo tiempo tendrá también una participación activa en la organización de los colegios de Santa Catalina, de los Abades y de San Miguel.

El maestro Ávila estaba convencido de que la educación era un medio adecuado y oportuno para expresar y compartir la fe. Precisamente, partiendo del modelo de Alcalá en el que se había formado, no se trataba solo de encontrar maestros y docentes que estuvieran intelectualmente preparados, sino que era preciso que gozaran también de un estilo propio y evangélico; que sintieran aquello como un ministerio, como un verdadero envío. Precisamente por ello, en diversos momentos, dejará caer, con gran sutileza, expresiones que denotan su sentido más profundo. Ejemplo de ello será cuando afirme que «los escolásticos no son buenos para el púlpito», pero se intuye que, según su criterio, tampoco lo eran para la docencia, si en la misma no eran capaces de intuir un proyecto misionero apostólico. En este sentido, entendía que era preciso educar desde lo cotidiano, mirando a lo práctico, para que la propuesta pudiera fraguar sin muchas dificultades. Si el proyecto tenía su fundamento en lo que él había vivido en las aulas de Alcalá, ahora era él quien lo modelaba y configuraba, a partir de sus propias intuiciones: entre ellas estaba la incorporación de la doctrina cristiana a todo el proceso de aprendizaje, mediante la técnica mnemotécnica del canto. Un pedagogía que aparece sustentada en lo positivo y creativo de cada uno, lo que habla de un proyecto personalizado. Este detalle evidencia en él un proyecto de masas —que sería el de la predicación— y uno de corte más personal, que estaría vinculado, de manera especial, a la dirección espiritual y a la educación de niños y jóvenes. Esa educación, basada en el contexto y lo cotidiano de cada uno, estaba dirigida a lo práctico, de tal suerte que el proyecto no se quedara en algo teórico.

Intervendrá significativamente en diversos procesos de conversión y cambio de vida, como el del futuro San Francisco de Borja, que había llegado a Granada acompañando los restos de la emperatriz Isabel, esposa de Carlos V. Poco tiempo después, posiblemente como fruto de sus oportunas y activas intervenciones en proyectos educativos, don Rodrigo López le otorga poderes para fundar un colegio en Baeza, que iría prosperando hasta convertirse en una peculiar institución universitaria. Esta tarea, así como el afianzamiento de algunas instituciones educativas y la propuesta de otras, le obligará a residir en Baeza; lo que no impedirá que su ámbito de preocupaciones sea más amplio. Reflejo de ello es también su propuesta para la creación de un Estudio General en Córdoba. Es una época de profundo activismo, llevado de la conciencia de salvar y ganar almas para Dios, por lo que las tareas más institucionales de afianzamiento de los colegios no le impedirá seguir dedicado a la predicación, así como a la tarea de recon-

ciliar a los enfrentados, algo que hará en Baeza, con la colaboración directa de San Pedro de Alcántara.

Con todo, no cabe duda de que su gran proyecto será el Baeza, construido a partir de la idea de Alcalá, pero donde la actividad apostólica quedaba integrada como tarea concreta en la asistencia espiritual del pueblo, de tal suerte que nadie podía graduarse si no había salido primero a misionar. Era, por tanto, un proyecto con una finalidad diversa al que tenían las universidades y colegios del momento. A este fin crea la primera cátedra de Positivo (Escritura), pues esta era la herramienta fundamental de los predicadores: saber explicar la Palabra de Dios. Esa enseñanza, por otra parte, estaba orientada al discernimiento de los misterios revelados, de las explicaciones escolásticas que ayudaban y confundían a la gente sencilla. Buscaba, por tanto, que los colegiales no solo alcanzaran unos conocimientos intelectuales, sino que fueran más allá, alcanzando una sabiduría identificada en el seguimiento de Cristo, que ayudaba más a mover los corazones que un simple sermón intelectual. Por ello, en su proceso habrá una particular atención a los pobres, considerando que el «príncipe cristiano prohíba los excesivos gastos que en comer y en vestir, y otros atavíos de camas y cosas, y en otras cosas demasiadas se hacen».

Llega incluso a ser sagaz al tomar conciencia de que la educación es una preocupación profunda, no solo como consecuencia de un mayor o menor acodo económico, donde se ha de buscar la enseñanza para todos, puesto «que hay no pocos muchachos que, o por no tener padres o por tenerlos negligentes, no van a aprender a leer y escribir aunque tengan desocupación y dineros que dar al maestro; y sería el remedio dar poder a alguna persona para que, rogando o compeliendo, los hiciera ir a las aulas». Al mismo tiempo considera que el método más eficaz está basado en las actitudes profundas y en los valores, de los que han de ir investidos los maestros, por lo que considerará que el método de enseñanza se debe realizar «por modo de diálogo», lo que muestra una capacidad de cercanía y de preocupación concreta.

Un último detalle es el poner a los colegiales ante el ejemplo práctico y las dudas, superando la dialéctica con la realidad que el predicador y apóstol se encontraría en su ministerio, buscando, al mismo tiempo, su motivación profunda para que se mantengan en tan sacrificado ministerio, no optando a otras prelacías. Así en el *Tratado sobre el sacerdocio* afirma:

«Educación ni aparejo para alcanzar virtud no la hay; y así, con la soltura que viven antes que sean ordenados, con esa viven después. Pues oír casos de conciencia, y de conciencia moral ¿dónde? Que en siete o más universidades que en estos reinos de Castilla hay, en ninguna de ellas se leen; y poco aprovecha para este intento que se lea en ellas Teología y Derecho canónico, pues los que admi-

nistran estos oficios no se quieren poner a estudiar tan largos, y a muchos falta la posibilidad para mantener en las dichas universidades; y, si alguno la tiene, no se quiere poner en esos trabajos; y, si quiere y sale con ello, pretende volar a ganancias mayores, y no se quiere abajar a trabajo de curas y de confesonario, salvo si no es para oponerse a algún curato de gruesa renta, con tan poco fruto de los parroquianos como se sigue de los otros que no tienen ciencia».

En 1541 se traslada a Jerez de la Frontera para la creación de un nuevo colegio, que llevará por titular la Santa Cruz. Su predicación por las provincias de Córdoba, Sevilla y Granada tendrá frutos significativos, especialmente en discípulos y prosélitos que seguirán sus pasos. En 1544 obtiene la aprobación pontificia del Colegio-Seminario de Baeza, lo que hará que aumente también el número de alumnos, y consolide un proyecto educativo peculiar, como servicio apostólico a su entorno, aplicando para ello la sensibilidad propia y aquella que él había ido desarrollando a lo largo de los años. De esta manera, no se trataba de la fundación de una universidad más, sino de un estudio general o colegio-seminario, donde había una implicación más directa en el seguimiento de los colegiales y, por otra parte, donde se proponía la teología tomista —como han señalado diversos autores—, y se insistía particularmente en un método de enseñanza que miraba con especial atención hacia la finalidad de esos futuros clérigos: la acción evangelizadora. En este sentido, la preocupación del maestro Ávila no era solo la asimilación de unos conocimientos intelectuales, sino de esa síntesis que tenía su origen en la *Devotio Moderna* y una mirada singular en el humanismo, y que llevaba a una asunción de un compromiso interior y también con el mundo.

Es bastante plausible que sus centros educativos fueran también una oportunidad para poder contar con aquellos que habían quedado excluidos por medio de su carácter de judeoconvertos, ya fueran docentes o discentes. Por otra parte, no se puede perder de vista, en este sentido, que las distintas obras estarán siempre creadas a partir del apoyo de personas concretas, nunca desde un respaldo oficial, ya fuera civil o eclesiástico, teniendo por lo mismo un carácter de algo alternativo. Al mismo tiempo, esos colegios que se vayan sumando no funcionarán bajo una cabeza y proyecto común, sino que gozarán de total autonomía, a modo de una federación. ¿Quizás huyendo del riesgo que lleva el paso del carisma a la institución? Es probable que la propia experiencia de cristiano nuevo le llevará a huir activamente de toda forma de institucionalización, que no dejaba de ser una pérdida de libertad, al tiempo que quitaba frescura y espontaneidad a los proyectos.

Esa sensibilidad del esfuerzo y el propio sacrificio es algo que reflejará en muchos momentos y que puede, además de la vinculación conversa, tener también un entronque paulino, que lo entiende como una necesidad de cambiar la sociedad, darle nuevas herramientas. No deja de ser algo profundamente nuevo y vivo también para el presente de todas las épocas. Un ejemplo de ello es su

preocupación por transmitir la dignidad del trabajo, en medio de una sociedad construida desde los títulos de hidalguía, que llevaban a no hacer nada. Sus palabras, en los *Tratados de reforma* —Advertencias necesarias para los reyes—, resultan elocuentes:

«El holgar es cosa muy usada en España, y el usar oficio muy desestimada; y muchos quieren más mantenerse de tener tablero de juego en su casa, o de cosa semejante, que de usar un oficio honesto. Porque dicen que por esto pierden el privilegio de la hidalguía y no por lo otro. Y yo no alcanzo la razón de esta ley. San Josef fue carpintero; y no estaría mal a quien no tiene de comer por vía lícita aprender un oficio y usarlo en su casa, pues, por muy alto que sea, no será tanto con san Josef ni como Jesucristo nuestro Señor; que también ayudaba al oficio a su Ayo».

5. El amor como centro de la vida

En 1545 regresa a Montilla, desde donde reclamaba su presencia la marquesa de Priego para la atención espiritual de sus hijos. El detalle muestra nuevamente la intuición singular del maestro Ávila, que, sin renunciar a su vida sobria y pobre, va introduciendo a los condes de Feria en el itinerario de la vida cristiana, consiguiendo que apoyaran diversas obras asistenciales y apostólicas, de tal suerte que su vida de fe se concretará también en prácticas de caridad. Un año más tarde, en 1546, dedica varios meses a predicar y misionar por la provincia de Badajoz, concretamente en Zafra y sus entornos, adonde había sido llamado por los dichos condes. Regresará nuevamente a Montilla, haciendo constantes salidas para predicar. En 1547 pone en marcha una misión popular en la que participarán también 24 amigos y discípulos sacerdotes; dicha iniciativa se extenderá por Andalucía y La Mancha. Era una oportunidad para atender a las grandes masas de población, haciendo que la fe no quedara desdibujada, sino que siguiera siendo algo asumido en un proyecto personal. Así, su mensaje tiene la posibilidad de llegar a todos, puesto que a todos —sin distinción social— va propuesto. Esto, además, lo llevará a cabo por medio de una predicación sencilla, distante de la retórica y de los ambages de la época, valiéndose para ello de una coherencia entre el discurso concreto a transmitir y sus obras concretas. El mensaje, de esta manera, resultaba comprensible y, al mismo tiempo, provocador del cambio.

El 21 de noviembre de 1549 otorga poderes para la colación de los primeros grados en el Colegio-Universidad de Baeza. Para finales de ese año lo encontramos nuevamente en Zafra. En enero de 1550 viaja a Córdoba para agilizar la fundación del colegio y, al tiempo que sigue dedicado a la predicación, funda también el Colegio de San Nicasio en Priego de Córdoba, en la que le ayuda la condesa de Feria. Son, al mismo tiempo, años de grandes resultados apostólicos;

ejemplo de estos frutos es el ingreso en la Compañía de Jesús de gran parte de sus discípulos y, al mismo tiempo, el que el propio Ignacio de Loyola se interesase por su entrada en su orden. Él, con todo, seguirá firme a su proyecto, posiblemente también como fruto de haber abandonado ya antes una orden religiosa, aunque no tenemos más datos de ello.

Desde el año 1551 comienzan a visitarle los achaques, como fruto de la edad y de una vida de profunda entrega y sacrificio. Esta será la causa que le impida acompañar al Concilio de Trento a su amigo y compañero en Alcalá, don Pedro Guerrero, que, en este momento, ocupa la sede arzobispal de Granada. Por este motivo y con el fin de colaborar activamente en la reforma de la Iglesia, escribe para uso del prelado un *Memorial de reforma*, en el que Ávila pone de manifiesto que el conocimiento y el encuentro con Cristo es una puerta que llevará luego a acciones concretas. De esta manera, combina una espiritualidad trinitaria y eclesial, que tiene su vértice en la caridad. Era una propuesta de reforma desde el mismo corazón de la Iglesia, que tenía así un acento peculiar y de interioridad. Algo en lo que él insistirá especialmente:

«Que se tenga en cuenta no solo que sepan la doctrina cristiana de coro, mas que la ponga en obra, pues va mucho en que se acostumbren a ser virtuosos... Si la Iglesia se ha de reformar por aquí ha de ser el principio y este bien fundado es más que la mitad de la obra».

Al mismo tiempo seguirá predicando y trabajando activamente para lograr la creación del Estudio General en Córdoba. En 1553 logra la fundación de dicha institución, que compartirá edificio con el nuevo colegio de la Compañía. Y, aunque su salud está ya mermada, continúa entregado a la predicación popular. El ejemplo más significativo de esta época es nuevamente una gran misión popular que se extenderá no solo a Andalucía, sino también a Castilla-La Mancha y Extremadura. Las insistencias de los jesuitas le llegan, desde diversos personajes y lugares, intentando poder contar con él para el gran proyecto de la Compañía. El mismo San Ignacio afirmará que su entrada «traería tras sí mucha cosa en Ávila».

Pero él se muestra ya como promotor de una vida cristiana y, por lo mismo, de una espiritualidad a la medida de una sociedad donde la población más numerosa y necesitada de atención son los laicos. A ellos, laicos y sacerdotes seculares, dedica una mirada y atención especial. Renueva de esta manera la oportunidad para un número creciente de cristianos que experimenta una posibilidad en medio de su vida y sus necesidades humanas. Muestra para ello un profundo conocimiento del hombre, que le lleva a proponer incluso un equilibrio en la ascesis, y este va de la mano de un modelo y sistema educativo. Así se explica que la mayoría de sus proyectos y obras educativas intenten la cualificación y coherencia de vida de un clero capaz de ofrecer sabiduría nueva en la sociedad. Es

necesario insistir: Quiere pastores, no simples académicos, que estén volcados en la tarea del apostolado como servicio al pueblo. Su propuesta es un constante equilibrio, llegará a afirmar que «si quiere la Iglesia tener buenos ministros, conviene hacellos». Y, si realmente quiere hacerlos, «ha de proveer que haya educación de ellos, porque esperarlos de otro modo es grande necedad». Cuando está proponiendo esto al Concilio él ya cuenta con la experiencia de aquellos que se han ido formando en las diversas escuelas promovidas por él. Para ello había cuidado también de que los que se educaran en los colegios tuvieran vocación y fueran hombres maduros, capaces de asumir la tarea que les sería encomendada. Que no estuvieran muy preocupados por su estatuto, sino por el servicio que habrían de prestar.

Plantear las cosas desde estas claves, como ya hemos señalado, suponía ante todo una reforma desde el corazón de la propia Iglesia, interior y profunda, que implicaba en primer lugar a aquellos que iban a ocupar un papel público y visible que, en razón de sus propias actitudes, podría atraer o alejar a otros. Estaba convencido de que «el mandar es cosa fácil y sin caridad se puede hacer», pero, precisamente, su propuesta era hacerlo desde el sentido más auténtico del cristiano, a partir del amor, como expresión radical de toda la vida. Esa relación que él propone e intenta promover es de una profunda intimidad, una experiencia directa de estar con el Señor.

Mientras para otros la preocupación estaba en responder y atajar las herejías, la suya era llevar a los hombres al amor de Dios, a vivir esa experiencia. Por otra parte, hay que reconocer que no es una novedad el crear instituciones educativas, pero sí la gestión y proyecto educativo interno que él propone. Un proyecto que comentaba considerando que una «vida sin mendicidad y riquezas, que es la más segura para los que no son perfectos», precisamente porque en los dos extremos se encuentran límites.

Un año más tarde, en 1554, debido a su quebrantada salud, decide retirarse definitivamente a Montilla, en una sencilla casa que le habían cedido los marqueses de Priego, y en la que permanecerá ya hasta el final de su vida. Los ejes de su vida, a partir de este momento, serán la oración, el estudio, el confesonario y la predicación. Será el momento en que, con gran lucidez y discreción, se dedique a concluir algunas de sus obras, al tiempo que se consagra al ministerio epistolar. Desde la distancia mantiene una mirada constante hacia los quince colegios y obras educativas que había fundado, que gozarán de sus atinadas intuiciones y reflexiones.

Es interesante a este respecto poner en evidencia que su proyecto educativo, aun siendo paralelo al de San Ignacio, era algo claramente diverso. Si los colegios de la Compañía respondían a un proyecto que San Ignacio había descubierto

a partir del modelo fundado en Gandía, el maestro Ávila tenía plena conciencia de crear diversas estructuras educativas, que sirvieran de plataforma para la educación de los infantes y jóvenes, así como para el desarrollo social y ético de la población andaluza. Era, por tanto, un proyecto pensado, pero que no respondía a la tradicional y consabida institucionalización de las obras, por medio de un tronco común, sino que su proyecto educativo estaba construido a partir de instituciones independientes, que no estaban solo vinculadas con él, sino en relación con muchas otras personas que atendían al proyecto, ya fuera por medio de su dedicación académica o económica.

En 1556, se publica en Alcalá, sin su autorización, el *Audi, filia*, apareciendo recogida, tres años más tarde, en el catálogo de libros prohibidos promovido por el inquisidor general Valdés, por lo que San Juan de Ávila se dedicará atentamente a reformar el libro, que, por diversas causas, no verá la luz hasta 1574. En ese mismo contexto, en 1561, escribirá el *Segundo Memorial* para el arzobispo Guerrero, que prepara su viaje para la tercera y última etapa del Concilio de Trento. Dos años más tarde, como fruto directo del propio Concilio, el obispo de Córdoba celebra un sínodo diocesano y, ante la incapacidad de Ávila para desplazarse a Córdoba, se vale de un clérigo, el licenciado Gómez, para que se lea en el mismo una plática sacerdotal suya. Era, por tanto, una manera de hacerse presente.

En los años siguientes, el obispo de Córdoba vuelve a solicitar su colaboración científica, en esta ocasión para el sínodo provincial, que deberá convocar por la ausencia forzada del primado de las Españas, el arzobispo de Toledo, fray Bartolomé de Carranza. En dicha tarea contará con la ayuda del licenciado Gómez. Con este fin escribirá las *Advertencias para el concilio provincial de Toledo*, ahondando en las mismas ideas, siempre desde lo concreto.

6. Confirmación de su santidad y magisterio

Al tiempo que su salud se va viendo mermada, sigue haciéndose presente en múltiples acontecimientos de la vida social y religiosa por medio de su correspondencia. Ejemplo de ello es que el 12 de septiembre de 1568, en que escribe a Teresa de Jesús, le da cuenta de haber examinado su *Libro de la vida*. Ella se lo había enviado con la intención de que él, como un renombrado maestro de vida espiritual, sería capaz de discernir y valorar su obra, en razón de las discrepancias acerca del mismo. Ella experimentará un profundo gozo con la carta del maestro, en la que le muestra su parecer favorable: «El maestro Ávila me escribe largo y le contenta todo», dirá ella.

Un año más tarde, el 10 de mayo de 1569, fallece en Montilla. Después de múltiples intentos, el 6 de abril de 1894, el Papa León XIII lo declara Beato. Pío XII, por su parte, el 2 de julio de 1946, lo declara Patrono principal del clero secular español y, en medio de los esfuerzos de diversas instituciones del clero secular, el 31 de mayo de 1970, el Papa Pablo VI lo canoniza solemnemente en Roma. Un año más tarde, la Conferencia Episcopal Española crea la «Junta pro Doctorado de San Juan de Ávila», encomendando a diversos expertos la preparación de todo el proceso. Será un camino lento y difícil, que culminará el 7 de octubre de 2012, cuando el Papa Benedicto XVI lo proclame Doctor de la Iglesia, en la apertura del Sínodo de Obispos, para la nueva evangelización. Un entorno magnífico para un hombre que entregó su vida a la causa del Evangelio sin poner límite alguno.



 ***Caritas
Española***

Editores

Embajadores, 162 - 28045 MADRID

Teléfono 914 441 000 - Fax 915 934 882

publicaciones@caritas.es

www.caritas.es